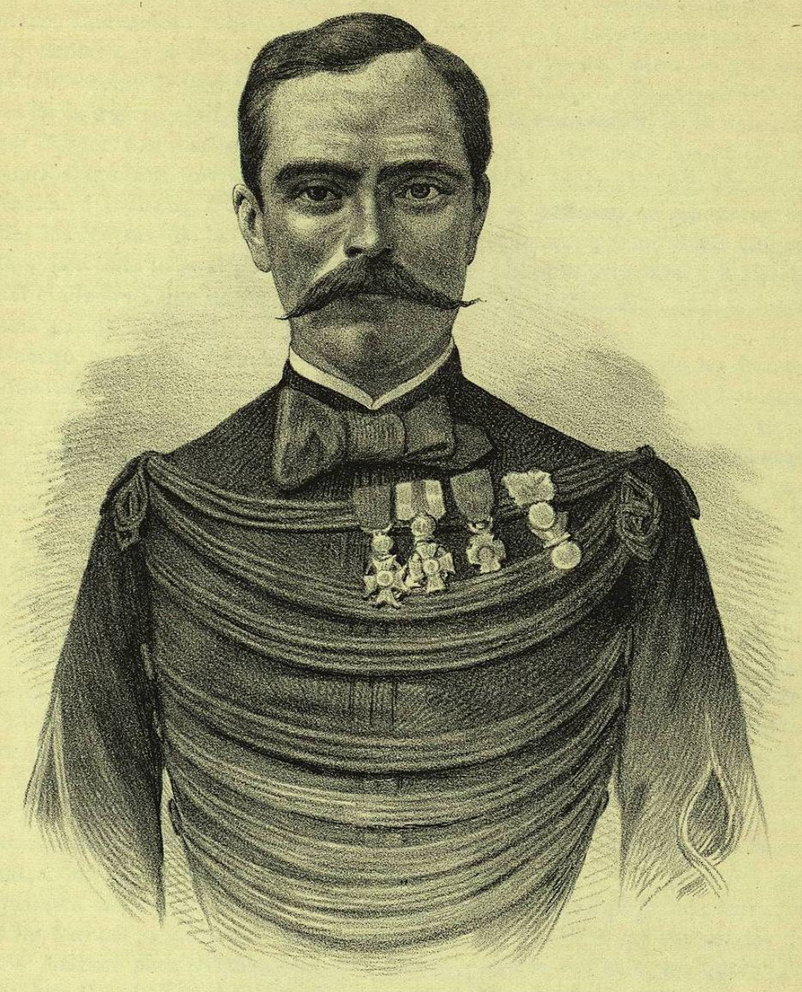
pación, y los rumores más contradictorios aparecían en los periódicos de toda la Europa, asegurando que se habían verificado nuevos combates.

En la América del Sur fué recibida la noticia de lo acaecido en Puebla el 5 de Mayo, con verdadero regocijo; en el Perú las sociedades patrióticas felicitaron por ello al cónsul mexicano en Lima; los poetas glorificaron en sus versos la batalla; y en el aniversario de su independencia, flotó el pabellón mexicano al lado del peruano en los edificios públicos; la prensa daba á luz artículos en que los más autorizados escritores criticaban el proceder de la Francia. Las otras Repúblicas hispano-americanas, excepto Guatemala, también dieron testimonios de simpatías por los republicanos de México, considerándose solidarios en los intereses y ligados por vínculos de la comunidad de sangre. Guatemala se opuso al proyecto nacido en Nicaragua, para que los gobiernos centro-americanos unieran sus esfuerzos en defensa de los principios que amenazaba la invasión á México, considerándola el gobierno guatemalteco muy merecida por el estado de anarquía en que este país se había conservado hacía muchos años. La prensa guatemalteca desfiguró los sucesos del 5 de Mayo, y presentaba á Márquez como un héroe.

Preguntábase ¿qué había pasado con los reaccionarios que dejaron abandonados á los franceses el día de la batalla? En una circular expedida por el subsecretario de Guerra en el gobierno de Almonte, se dijo que cuatro días había esperado éste frente á Puebla á los jefes Márquez y Cobos; que se les enviaron doce correos y ni éstos regresaban ni aquellos se aparecían ó contestaban, lo que Almonte no supo á qué atribuir ni qué pensar de lo que pasaba; pero al llegar el ejército francés en su retirada, á Amozoc, se presentó como enviado del general Márquez el general D. Florentino López para manifestarle que, no estando conforme el ejército reaccionario con la conducta observada por Zuloaga y Cobos, pedía que D. Leonardo Márquez fuera nombrado general en jefe y se le expidieran las órdenes para que se incorporara al general Almonte. Las órdenes fueron inmediatamente expedidas y pocos días después aparecía Márquez en Barranca Seca, con parte de las fuerzas que tenían Zuloaga y Cobos. Estos, al presentarse en Orizaba, recibieron sus pasaportes para salir del país y se prohibió que se les permitiera el regreso, pues conspiraban enviando impresos secretos y emisarios.

En Izúcar de Matamoros había tenido el mando de general en jefe D. José María Cobos, de quien Zuloaga hizo grandes alabanzas en un Manifiesto que publicó en la Habana; asegura que en vez de intentar el Sr. Juárez una nueva campaña contra la reacción, insinuó un acomodamiento escribiendo D. Manuel Doblado al general Márquez, suponiéndole el mando de las fuerzas reaccionarias. Zuloaga sostuvo que el primer pensamiento de Márquez fué prestarse á los deseos del Sr. Doblado; pero que viéndose aislado y sin partido, resolvió informar de todo á sus compañeros é influir con Cobos para dar á Doblado engañosas esperanzas y tener tiempo de aumentar los elementos de fuerza armada.

Cuando se anunció la llegada á Veracruz de las potencias aliadas, se hallaba el centro de la reacción en la Sierra Gorda; de allí avanzó á Ixmiquílpam, donde



Gastón de Gallifet.

Jefe de escuadrón de húsares. Fué herido durante el sitio puesto á Puebla por el General Forey en los primeros meses del año de 1863. Transcurrido algún tiempo, tuvo el mando de la contraguerrilla extranjera con el grado de Coronel.

Zuloaga y los que le rodeaban recibían diariamente correspondencias de sus correligionarios políticos establecidos en la capital de la República; estando ahí tuvieron conocimiento de la Convención de Londres y la Intervención tripartita, y la aceptaron llamándola "obra vasta y civilizadora de la Europa Occidental."

Disgustóles que se reconociera por los aliados el poder de Juárez, lo que importaba tanto como declararse ya en favor del partido liberal y dejar subsistente la causa de la guerra civil, según se vió también en la convención de la Soledad. Al llegar Almonte al territorio mexicano, se pusieron en comunicación con él los reaccionarios; contestó enviándoles un plan en el que se declaraba jefe Supremo de la Nación é invitaba á Zuloaga para que fuera el primero en proclamarle, con todas las fuerzas de la reacción que le obedecían, aunque no daba ningún programa; por todo lo cual no fué admitido lo que Almonte proponía y le llamaron "mal ciudadano, que había ofrecido la nacionalidad á extraños, cual si fuera mercancía sacada á expendio."

El cargo hecho por Almonte de haber sido rechazados en Puebla los franceses porque los reaccionarios no concurrieron al ataque, fué combatido por Zuloaga, quien dijo: que se le escribió para que situándose en el camino de la capital, recogiese á los dispersos, contando Almonte como seguro el triunfo de los franceses; pero que á tal arreglo no se avinieron los reaccionarios. También niega lo que Laurencez asentó en el parte detallado que dió á su gobierno sobre el ataque de Puebla, al afirmar que los reaccionarios estaban comprometidos á cooperar, y la especie que el jefe López comunicó al general francés relativa á un convenio celebrado entre Juárez y los reaccionarios sobre neutralidad; de paso ataca Zuloaga á López diciendo, que Laurencez lo habría despreciado si se hubiese detenido un poco á averiguar qué clase de persona era, pues ya había sido dado de baja "por inobediente y cobarde" y por varios asaltos á mano armada en las haciendas del Sur de Puebla; añade Zuloaga que cuando López fué á presentarse á Almonte, acababa de ser intimado á salir del cuartel general, so pena de ser fusilado, "porque su inmoral conducta le había hecho inadmisible en ninguna parte." Es de advertir que dos jefes de apellido López, habíanse presentado á Almonte.

Entretanto Márquez hacía creer á los oficiales reaccionarios, que existía un pacto entre Zuloaga y Cobos, por una parte, y el Sr. Doblado, á nombre del gobierno juarista, por la otra, é introducía las correspondencias de Almonte entre los jefes de las fuerzas procurando seducirlos; en seguida se llevó las caballerías de Tatetla y Atlixco para Orizaba, sin que Cobos pudiera evitarlo, no queriendo éste combatir al lado de los franceses. Márquez había seguido el sistema de engañar á Doblado y de su letra era el salvo-conducto remitido á éste, para que fuese al cuartel general de los reaccionarios. De pronto se fuga Márquez llevándose gran parte de las fuerzas que obedecían á Cobos, con lo cual quedó destruido el cuerpo de ejército acantonado en Matamoros Izúcar.

Las pasiones exaltadas por las cuestiones interiores, tomaban incremento; el jefe liberal Juan Díaz caía en una emboscada que en Tlahuac le puso el reaccio-

nario Galván, y moría al atravesarle el corazón una bala. A Puebla llegaban refuerzos. En Querétaro llenaba el pueblo los registros abiertos en diferentes rumbos de la ciudad, bajo la señal de una bandera nácar, y en la Alameda se verificaba la organización de cuerpos de infantería y caballería; procesiones de niños recorrían las calles con músicas, vitoreando la Independencia y excitando á los hombres á empuñar las armas, aunque muchos no procedían sino por temor á las disposiciones de la autoridad. Los Ayuntamientos continuaban protestando contra los proyectos de D. Juan N. Almonte, á la vez que el de la capital solicitaba que se le encomendara la manutención de los prisioneros franceses.

Resuelto el gobierno francés ante el desastre de Puebla, á enviar nuevos refuerzos al ejército expedicionario, solicitó considerables recursos buscando el desquite al golpe sufrido en el cerro de Guadalupe. Acerca de este asunto decía el orador Julio Favre en la sesión del 26 de Junio: "Se habla de desquite, señores; esa es una palabra impía cuando no se tiene de su parte el derecho, pues no puede existir gloria cuando está separada la justicia; y en ese juego terrible que se llama la guerra, es un crimen pronunciar semejante palabra y decir que es preciso ofrecer la vida de los hombres en holocausto á un vano amor propio. Los soldados de Sebastopol, de Solferino y de Magenta, saben muy bien que pertenecen á esa raza que jamás retrocede ante el peligro, que muere cuando la patria y el honor lo exigen. Por eso, el volver á Francia después de esa expedición á México, no es rebajar su carácter." Estas palabras, en vez de calmar los ánimos y hacerlos retroceder, levantaron gran tormenta y aun fueron calificadas como desprovistas de patriotismo; seguiría la guerra y al término de ella aparecería un Imperio.

Se quería levantar un trono en México y se buscaba un triunfo militar como premio de tantos esfuerzos y de tantos gastos; aunque Mr. Billaut anunció que todo ello era condicional y admitiendo que se hiciese un ensayo de monarquía, solamente como una hipótesis, se apresuró á añadir en su discurso del 27 de Junio: "La Francia no ha dicho más que una cosa: declaro no tener ni para mi país, ni para la familia imperial, ninguna combinación; yo no sueño en ninguna conquista;" tales seguridades fueron renovadas por Mr. Drouyn d'Lhuys, en un despacho á Mr. Barrot, el 22 de Diciembre de 1862. Era llevar muy lejos la abnegación, resolverse á afrontar los inconvenientes de la guerra en provecho ajeno, cediéndole el beneficio á un príncipe austriaco. Parecía una placentera broma elegir un alemán para mandar á una nación formada con la mezcla de aztecas, tarascos, otomites, latinos, criollos, mestizos y otras razas. ¡Ironía cruel y amarga para la Francia napoleónica! Cualesquiera que fuesen las cualidades parciales que adornaran á un alemán trasportado á México, se encontraría como desterrado, sin apoyo en las tradiciones, sin relaciones con sus súbditos, con los cuales no se comunicaría sino con dificultad ó por medio de intérpretes, y sin contar ni con el partido de Juárez ni con el de Miramón, asfixiado con la indiferencia ó con el odio. ¿Cómo encontrar alguien que le ayudase? ¿quién vendría á dar vida y sostener un imperio tan falto de cohesión?

En lo que sigue, encontrará el lector cuán cruel y terrible fué el desengaño; en este primer tomo vimos que la España no pasaba por el disgusto de que otro recogiese lo que ella estimaba suyo; que el Austria, haz de elementos discordantes desde el Tirol hasta la Hungría y la Bohemia, no podía dedicarle á un virreinato superfluo y ruinoso, elementos que necesitaba para su existencia; veremos que al dejar la Francia á México, toda su obra se derrumba tras ella, sin que le fuera posible hacer de su ejército una legión extranjera, tan sólo para asegurar una corona trasatlántica á un descendiente de los Hapsburgos. En este primer tomo hemos hallado á la Inglaterra desdeñosa y apartada, indiferente ante el esfuerzo francés por la monarquía aquí; pero en su aislamiento miraba más bien favorable que opuesta á sus intereses, una empresa que costaba tanto dinero á Francia é irritaba á los Estados-Unidos del Norte, cuya vista se apartaba del Canadá y le evitaba una conflagración.

Vamos á ver en el segundo tomo, que Napoleón no prescinde de sus ideas, aunque el estado de agitación en que se encontraba la Europa hacía esperar una próxima explosión; las cuestiones de Turquía, de Italia y la de Alemania, la del reconocimiento de los Estados Confederados de Norte-América, eran los gérmenes de nuevas desavenencias que de seguro complicarían la situación de Francia, así como el constante espíritu de rivalidad entre ésta é Inglaterra.

Era grave el carácter que tomaban los asuntos de Italia, oponiéndose á la unificación de ésta la indefinida ocupación de Roma por las tropas francesas, al grado de mostrarse Garibaldi dispuesto á recurrir á las vias de hecho contra el gobierno imperial; reunía batallones con voluntarios que de todo el ámbito de la Península acudían á Sicilia; se temía que estos hechos fueran el principio de una guerra que cundiría fácilmente por el continente europeo, y se creía que vendría esa precaria situación á influir en que Francia retirase de aquí sus tropas; pero no lo hizo tan pronto como debió para evitar la serie de sucesos en que ya la adversidad, ya la gloria para México, se disputaron la preferencia.

Aquí los partidarios de la Intervención, habían hecho creer que al presentarse los expedicionarios serían aclamados desde luego como libertadores, y sucedió lo contrario según manifestó el general Laurencez en su orden del día, fechada en Orizaba el 21 de Mayo: "Se os había repetido cien veces que la ciudad de Puebla os invocaba, y que su población se apresuráría á recibiros para cubrir de flores vuestro camino; pero habéis encontrado una ciudad erizada de barricadas y defendida por la fortaleza en que se acumularon los medios de defensa."

Queda demostrado que la Francia no declaró la guerra á México, sino que de hecho se lanzó á ella, ni manifestó á lo que venía, no habiendo más documento respecto á este asunto, que el discurso de Mr. Billaut en el cuerpo legislativo el 27 de Junio de 1862; la Francia llamaría á votar á todos los ciudadanos mexicanos, invitándolos á decidir sobre su gobierno; pero sin negociar jamás con Juárez, á menos que el sufragio universal lo volviese á llamar al poder, del que las armas francesas lo habían arrojado.

Nada más se le dijo á la Nación invadida; y no se podía admitir que un gran pueblo gastase su sangre y su dinero, por asistir al espectáculo de unas elecciones entre individuos á quienes trataba con tan marcado menosprecio, actitud modesta que correspondía mal á la enorme responsabilidad aceptada por Napoleón III en los asuntos de México, en los que, según se ha visto, tenía pensamientos determinados cuyo desarrollo se encontrará en el siguiente tomo de esta obra.

Queda el cuerpo expedicionario francés distribuido de esta manera: en el Ingenio, á las órdenes del general L'Heriller, dos batallones del 99 de línea con una batería de montaña para cubrir el lado de las Cumbres; en Orizaba, lugar excelente para la concentración y para proteger los refuerzos que llegaran de Francia, el cuartel general con tres batallones, cuatro pelotones de cazadores de Africa y diez piezas de artillería, una sección de ingenieros y casi todos los soldados de administración; en Córdoba dos batallones, dos piezas de artillería y algunos cazadores de Africa; en el Chiquihuite un batallón, dos secciones de ingenieros y la mayor parte de trenistas; el coronel Hennique quedó de comandante en Córdoba con el 2º de infantería de marina, que fué escoltándole. En el Fortín y el Potrero fueron establecidos destacamentos atrincherados. Se organizaron en Orizaba los hospitales, destinando el edificio de San José de Gracia para los tifoideos, que llegaron á setecientos. En Escamela se estableció una casa de convalescientes que después fué trasladada á Cocolápam. Fué fortificada Orizaba, se recogieron los forrajes existentes en Tecamaluca y el Encinal, y se esperó el ataque de las fuerzas que mandaba el general Zaragoza.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DE LOS ASUNTOS TRATADOS EN ESTE TOMO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

PÁGS.

I.—La idea monárquica en México.—Esfuerzo de España y Francia para desarrollarla.—Proyecto del conde de Aranda.—Condición monárquica del plan de Iguala.—Opiniones de Bolívar.—Proyectos de la Restauración para establecer tronos en América.—Esfuerzos de Chateaubriand en el congreso de Verona.—Obstinación de Fernando VII.—Resoluciones de Mr. Villele.—Negociación en favor del Infante D. Francisco de Paula.—Intervención de Inglaterra.—Fracasa el congreso de Verona.—Pensamiento del príncipe Luis Napoleón Bonaparte.—Los monarquistas mexicanos no ceden 3

FRANCIA 5

II.—INGLATERRA.—Se declara protectora de las colonias hispano-americanas.—Contraría el proyecto de las monarquías borbónicas.—Dirige su actividad á establecer relaciones mercantiles.—Obstáculos que oponía Fernando VII.—Disgusto de Luis XVIII.—Exclusión de Inglaterra.—Se niega ésta á seguir de acuerdo con Francia y España.—Amenazas.—Se cree un hecho el asunto de las monarquías.—Declaración de Canning reconociendo la Independencia de México.—Préstamo á México y compra de efectos.—Quiebra de las casas prestamistas.—Incremento del comercio inglés en México 11

III.—ESTADOS-UNIDOS.—Colonia Francesa en Texas.—La disuelve el Presidente Monroe.—Inglaterra busca la alianza con los Estados-Unidos.—Propone quitar á la Europa toda intervención en América.—Monroe acepta y hace su famosa declaración.—La Europa la recibe mal.—Espíritu de expansión que la caracteriza.—Un partido mexicano ha buscado el apoyo de los Estados-Unidos.—Venida del ministro Poinsett.—Establecimiento de logias yorquinas.—Mensaje del Presidente Buchanan.—Influencia de la guerra separatista.—Instituciones americanas aplicadas á México 15

IV.—ESPAÑA.—Guerra entre España y México.—La sostienen hasta el año de 36.—Disgusto de España por la Independencia de México.—Cierra las puertas á todo arreglo.—De aquí brota una serie de revoluciones en México.—Declárase la guerra contra España.—Comisionados españoles.—Conferencias.—Hostilidades.—Patentes de corso.—Efecto que produjeron aquí los trabajos en Europa.—Agitación contra los españoles.—Empresas de ingleses.—Buques vendidos por éstos.—Conspiración del Padre Arenas.—Persecución á los españoles 23

V.—INVASION ESPAÑOLA EN 1829.—Nueva guerra entre México y España.—Invasión de Barradas.—Pobreza de la República para sostener la guerra.—España se obstina en desconocer la Independencia de México.—Leyes contra los españoles.—Ellas determinan al gobierno español á pretender la reconquista de México.—Sale la expedición de la Habana.—Espera el éxito un príncipe de sangre real.—Error en que apoyaron su conducta.—Ningún mexicano se unió á los invasores.—Capitulan los españoles.—Tratado de amistad entre México y España.—Poca firmeza de las relaciones entre estas dos naciones 29

VI.—ANEXION DE TEXAS A LOS ESTADOS-UNIDOS.—Expansión de los Estados-Unidos.—Tratado con España.—Colonización, concesiones y privilegios.—Se forma una potencia auxiliar la república del Norte.—Desorganización en que estaba la Nación Mexicana.—Se quiere impedir la colonización.—Los colonos se oponen.—Son protegidos por los Estados-Unidos.—Disturbios en el Interior de México.—Falsificación de la moneda de cobre.—Odio entre los